

STURROTT

CORDALES



LA «BOMBITA». (Una conspiradora que arma á cualquiera la revolución.)

Se publica los domingos.

15 céntimos.

ENFERMEDADES DEL PECHO
JARABE DE HIPOFOSFITO DE CAL
DE GRIMAULT Y Cia

Universalmente recetado por los médicos, es de gran eficacia en las enfermedades de los bronquios y del pulmón; cura los resfriados, bronquitis y catarros más tenaces, cicatriza los tubérculos del pulmón de los tísicos, suprime los sudores nocturnos, los ataques incesantes de tos que desesperan á los enfermos y les devuelve rápidamente la salud.

PARÍS, 8, Rue Vivienne y en todas las farmacias.

Desconfiad de las imitaciones y falsificaciones.

MARCOS, ESPEJOS,

molduras, grabados oleografías.

Grandes surtidos en las últimas novedades á precios sin competencia.

J. Prat, Plaza del Angel, 11.

¡¡Á CASARSE!!

Dos jóvenes franceses que acaban de terminar en París, uno, la carrera consular, y el otro la de medicina, desean casarse legalmente con mujer española.

Llegados á Madrid exclusivamente para contraer matrimonio.

Sólo se requiere buena fisonomía y regular educación.

Escribid á este periódico mandando antecedentes y retrato.

ABSOLUTA RESERVA

Industrias nuevas, fábricas modernas, maquinaria eléctrica, centrales, minas.

UDO STEINBERG

(INGENIERO)

BARCELONA

BRUCH, 56.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD SEXUAL

Cura pronto y sin peligro, garantizada por el doctor Mateos. ¡Cuidado con tomar algo sin garantía de médico!

TONICO KOCH cura la impotencia producida por neurastenia, debilidad nerviosa, fatiga cerebral, males crónicos del estómago ó pecho, estudios excesivos, convalecencias, continencia, abusos de Venus ó solitarios, pérdidas nocturnas ó á cualquier excitación, etc. Frasco, 9 pesetas. Venta: boticas acreditadas de España. En Madrid: Arenal, 2, y otras. Consultas gratis y por carta los de provincias.

Doctor Mateos, Preciados, 28. 1.º

MADRID

COLEGIO HISPANO

1.ª Y 2.ª ENSEÑANZA

Preparación para carreras militares y especiales.

Magníficos resultados en las últimas convocatorias.

Honorarios módicos, rebajas á los huérfanos é hijos de militar.

Internos, medio-pensionistas y externos.

BARCO, 21, 2.º

Próximas convocatorias para Telégrafos y Policía.

Profesorado competentísimo, Ingenieros civiles, Oficiales del ejército, Abogados, etc.

BARCO, 21, 2.º (esquina á la Puebla).

Flores Cordiales

Redacción y Administración:
San Anarés, 19.

SUSCRIPCION

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

PAGO ADELANTADO

Se publica los domingos.

==== Apartado de Co-
rreos, número 48. ====

GERENTE:

R. LÓPEZ MORA



DIRECTOR:

GONZALO DE QUIRÓS

MI PARÁCLETO



Pero ¿concibe usted eso, amigo mío? ¿Concibe usted que al cabo de los años, cuando tan lejos de nosotros parecían los pronunciamientos y las sublevaciones y las trifulcas políticas del siglo pasado, exista aún el sargento candoroso é incauto que por el logro de unas pesetas ó el halago de unos ideales se deje convencer y seducir y ponga su cabeza en riesgo para salir gritando por esas calles «¡Muera esto y viva lo otro!», cuando esto y lo otro es una misma cosa? ¿Concibe usted que los destinos de un país, la paz pública y el modesto panecillo de cada ciudadano puedan estar á merced de un sargento, al que se le antoja sublevarse, ó de diez y seis, ó de todos los de la guarnición? Porque, sobre todo, amigo mío, es preciso proclamar y convencer á las gentes de que las revoluciones no se hacen acordándolas en un conciliábulo. Las revoluciones se engendran en la conciencia nacional y estallan cuando les llega su sazón histórica. Sólo así son fecundas y sólo así pueden ser respetables.

De tal modo no parece, por desgracia, que resucita entre nosotros un período revolucionario, sino que resurge la industria del revolucionarismo, que es una explotación villana de la codicia y la ignorancia. En cada conspiración de esas hay un negocio oculto, hay gentes que sacan de ello dinero para vivir. Es una trágica forma del timo, y si se pudieran averiguar todas las ramificaciones que esos sucesos suelen tener, se llegaría á ver la jugada de Bolsa preparada y, acaso, maniobras de más repugnante codicia.

Si no hubiera en ello pobres víctimas de su mentecatez, si gentes incautas no hubieran de padecer prisión en castigo de su menguada tontería, cada conspiración de esas parecería un trozo de novela picaresca, en el que los canallas, los granujas y los tontos andan mezclados y confundidos, aquejados todos de las dolencias que más torturan al hombre: de vanidad, de soberbia, de ambición, de codicia, de estupidez...

Un siglo entero ha durado en España el período pseudo-revolucionario. Por eso no hemos logrado en tal plazo hacer una revolución verdadera, ni en el régimen político ni en lo que es mucho más importante y fecun-

do, en la transformación del alma popular, en su cultura y en su pensamiento.

El revolucionarismo fué una industria que muchas gentes explotaron; los unos para encumbrarse, los otros para enriquecerse, los más para ir tirando de la perra vida sin tener que trabajar. Ser revolucionario habitualmente constituía una verdadera profesión. Había ciudadanos en España que no tenían otra ocupación ni otro oficio. Cuando fracasaba un golpe, se comenzaba á preparar otro, sin misericordia para los militares que perdían su carrera ó que eran fusilados ó desterrados. La historia de esa última forma de la picardía clásica chorrea sangre.

Entre los tipos más curiosos de cuantos vivían á expensas del revolucionarismo figuraba el soplón, y, por lo acacido ahora, también resucita esta figura repugnante. Es el traidor de la tragicomedia, para que en ella nada falte.

Y nos hemos pasado así cien años! Entre tanto, el pobre pueblo, que es lo único que lícitamente se puede y se debe revolucionar dándole la conciencia de que carece, cada vez ha tenido menos libertad, menos dinero y menos cultura. Si por cada conspiración y por cada pronunciamiento los revolucionarios españoles hubiesen fundado y dotado una escuela, á estas horas la revolución verdadera, la íntima y honda estaría hecha y acabada. Claro es que esto no encumbra á los vivos, ni enriquece á los pícaros; pero esto es lo honrado.

Pensar que esta nación abatida, abrumada porque ha perdido toda fe y porque, en su incultura, carece de ideal colectivo, nos la puedan volver del revés, como un calcetín, cuatro sargentos, ni cuatro generales, es una tontería ó es una granujada. El acto de fuerza triunfante crearía derechos y encumbramientos que se traducirían forzosamente en ringleras de cifras en los presupuestos. Y hacer una revolución para que el contribuyente tenga que pagarla es absurdo estupendo.

Las gentes castigan el atentado que esos conspiradores cometen contra la realidad de nuestro vivir con un soberano desdén. Creo que fuera más humano castigarlo con un intenso movimiento de misericordia. Esos pobres sargentos encerrados en las prisiones militares son dignos de compasión y de lástima. Los pícaros urdidores de la trama son los que hay que buscar para azotarles el rostro con el desprecio de los hombres honrados.

Dionisio PÉREZ.

LOS HOMBRES SERIOS

X es un caballero que todas las tardes, de seis á siete, pasea por la Carrera, y á quien todos conocemos de vista.

Alto, buen mozo aún, á pesar de sus cuarenta bien corridos, con gabán de pieles, sombrero de copa y un semblante largo, pensativo y bien barbado. Lo que llama mos, en fin, «un hombre serio».

X además, está casado, tiene cuatro hijos y representa en las Cortes un distrito andaluz importante. Lo cual no le impide tener relaciones «apretadas» con *Nini* Beltrán, á quien ha instalado con verdadero confort en un lindo cuarto bajo de la calle de...

Nini es una «deliciosa» redondita de caderas, pero esbelta, flexible, ágil; siempre viste trajes claros, y cuando va por la calle se ciñe las faldas al cuerpo con tan perverso arte que su intimidad se queda sin secretos.

Es la franqueza coquetona, la sinceridad impúdica, genuinamente pagana, de las mujeres bonitas.

En la casa donde vive, *Nini* dice que X es «su tío». Y la portera lo cree ó finge creerlo, porque las propinas del diputado son de una largueza avasalladora, dominante.

«El señor», sin embargo, no estaba tranquilo; temía que su mujer, ó cualquiera de sus hijos ó algún amigo afectuoso «tirase de la manta» é hiciese público aquel sabroso enredo que él guardaba tan celosamente escondido y callado.

Urgía, por tanto, inventar, mentir un ardid nuevo, que fuese raro, de una novedad folletinesca, que convenciese á la portera y á los vecinos de que *Nini*, realmente, era sobrina suya, y de que entre ambos no mediaba nada que no fuese perfectamente lícito.

Al cabo, X creyó hallar un recurso peregrino, que el mismo *Tartufo* hubiese envidiado.

—Es conveniente—dijo un día á *Nini*—que te echés un novio.

Ella le miró asombrada. ¿Cómo? ¿Qué significaba aquello? ¿Es que iban á romper? ..

X explicó su proyecto, y mientras hablaba, bajo su bigote blanco, sus labios sonreían mefistofélicos.

—No, no es que vayamos á reñir—agregó—. Es porque teniendo tú un novio, «platónico» se entiende, que te pasee la calle y con quien hablarás por la reja alguna tarde que otra y á las horas precisamente en que yo estoy contigo, nadie creerá que tú y yo tenemos relaciones.

La novedad de la ocurrencia sedujo á *Nini*, quien, más por coquetear que por complacer á X, prometió hacer lo que éste le aconsejaba. Tres ó cuatro días después, *Nini*, en efecto, tenía un novio, un estudiante, que se pasaba los días en la esquina y con el cual, de noche, «pelaba la pava».

El mozo, que apenas cuenta veinte años (y que es, según dicen, lindo como un paje de zarzuela), estaba encantado de tener una novia tan bonita y no sabía separarse de la reja de *Nini*. En su inocencia (la inocencia muchas veces es heroísmo) sentíase capaz de llegar al matrimonio.

—Cuando tú quieras—decía—nos casamos.

—Cuando tú quieras.

—Ea... Pues cuanto antes mejor. Si me dejas, mañana mismo hablo con tu tío.

Ella, encantada y reventando de risa, replicaba:

—Mira, dejémoslo para más adelante. Mi tito es bueno. Pero... le respeto mucho, ¿sabes?.. Como el hombre ya va siendo viejo, tiene muy malas pulgas.

Estas conversaciones las escuchaba X, que se instalaba cerca de la ventana por donde hablaban los dos enamorados y de modo, claro es, que el estudiantillo no pudiese verle. Con los ojos medio cerrados y un habano entre los dientes, el grandísimo hipócrita se aban-

donaba á las dulzuras de aquellos diálogos, que debían de sonar en sus oídos con murmurios de agua corriente y cuyo fuego juvenil acaso servía de afrodisíaco á sus nervios fatigados.

Además, la seguridad de su inmunidad le infundía sosiego dulcísimo.

—Ahora, sí—pensaba—que nadie sospecha nada de mí.

Los vecinos, efectivamente, el zapatero de al lado, el tabernero de enfrente la misma portera, andaban desorientados.

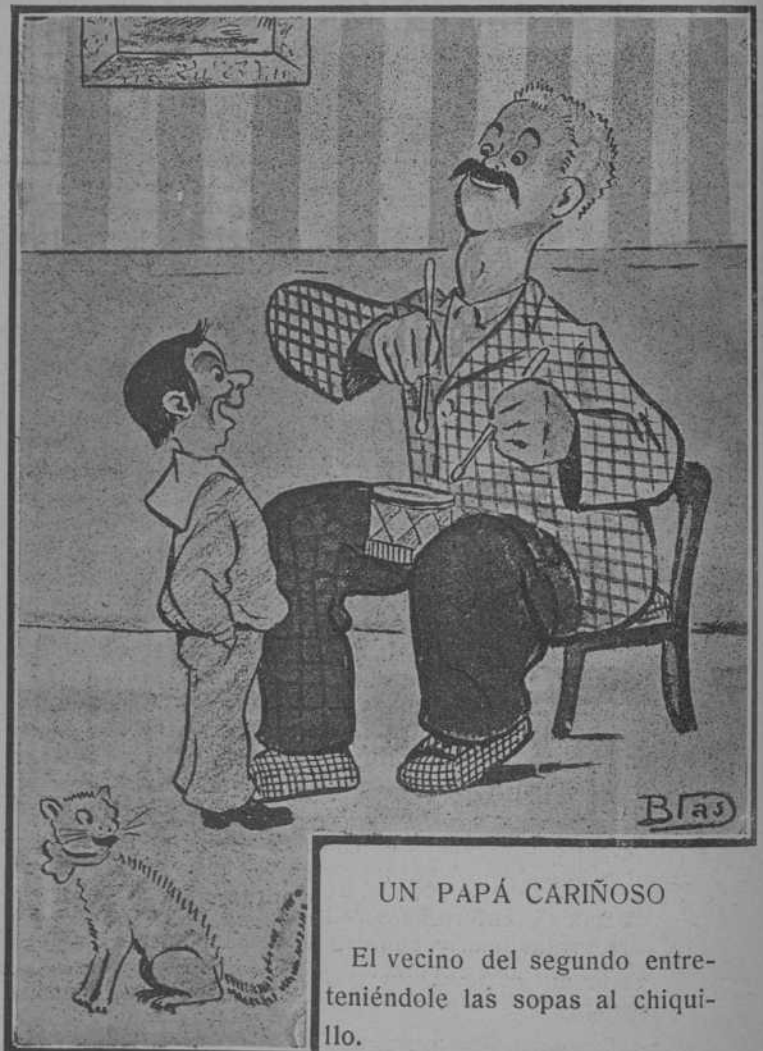
—¿Serán realmente—se decían—tío y sobrina esta pareja?

Mas como con el amor no se juega impunemente, resultó que poco á poco *Nini* fué aficionándose á aquel estudiante cuya gentileza de Febo y ardiente y candoroso charlar traían á su espíritu recuerdos de inocencia; y así, lo que empezó siendo simple coqueteo, fué afirmándose hasta quedar trocado en pasión cegadora, impetuosa.

Y una tarde en que X, á la hora acostumbrada, llegó á su escondrijo de la calle de... supo que *Nini* había desaparecido con todos sus muebles. Ante la tristeza del nido vacío, el pobre señor derramó dos lágrimas amargas.

¿Qué queréis? A estos males, y á otros bastante peores, viven expuestos «los hombres serios».

Eduardo ZAMACOIS



UN PAPÁ CARIÑOSO

El vecino del segundo entreteníendole las sopas al chiquillo.

LAS AMANTES DEL REY DE BÉLGICA



Fioretta Onelli.



Shara Miloir.

Las mujeres que se disputan el amor de un rey constituyen hoy la nota mundial más interesante.

Sabido es que Leopoldo de Bélgica pasea por París, á disgusto de su Gobierno, su todavía donjuanesca gallardía.

Fioretta Onelli es una italiana de imponderable hermosura, que tiene preso á Leopoldo entre sus rizos de oro y entre los pliegues de su sonrisa mística.

Hija de un antiguo soldado de la guardia de Pío IX estaba hace tres años á punto de profesar en un convento de Nápoles, cuando un capitán de zuavos, que fué á ver á una hermana suya novicia, quedó prendado de Fioretta, sacándola del claustro en diabólica noche.

La conoció Leopoldo en París y la puso nido...

Pero Leopoldo es hombre á quien las hijas de Eva le gustan por partida doble, y cierto día tropezó con Shara Miloir, hembra adorable de los boulevares de la *ville lumière*, que sorbió al monarca la mitad de los sesos que aún le quedaban. Y fué, y también le puso nido.

El día 28 del mes anterior dos damas de acabada belleza, de rico porte, encontráronse sentadas en el Bois de Boulogne, casualmente, una junto á la otra.

Al poco rato, pasó Leopoldo, guiando un faetón, frente á ellas, pero sin verlas.

Fioretta, más vehemente ó más coquetona que Shara, se levantó y tendió la mano, como queriendo saludar al íntimo.

Entonces Shara preguntó:

—¿Conocéis á Leopoldo?

—Mucho,—contestó Fioretta—, Nos adoramos.

Shara, saltó como el leopardo sobre la presa.

—¡Mientes—gritó—, es mío!

Al mismo tiempo descargaba sobre las delicadas mejillas de Fioretta un tremendo bofetón.

—Ven y lo disputaremos,—dijo Fioretta rehuyendo el escándalo.

Ambas avanzaron.

Allá, en un rincón del Bois, plegado de sombras á la caída de la tarde, ventilaron las dos bravas del gran mundo galante la posesión, no sabemos si de las caricias ó de las arcas de un soberano.

Quedó vencedora la más robusta, Shara, la cual, según noticias directamente recogidas, arreaba como un carretero.

Ya en el suelo Fioretta, se quitó Shara un zapato, y con el tacón Luis XV magulló la cabeza á su rival.

La policía, igual que la de Lacierva, llegó después del lance, echando tierra al asunto, pues sólo algún periódico lo ha bordeado.

Ignoramos qué será de los tres á estas fechas.

Pero dada la furia de Shara y sus buenas despachaderas, es lógico presumir que de la arremetida que diera á Leopoldo haya enviado á éste á sus viejos Estados.

LUIS.

París y Diciembre de 1907.

EL DESQUITE

(BATURRADA EN DOS ACTOS)

ACTO PRIMERO

La acción en la cocina del señor Vicentón, escolano — ó sea sacristán y juez municipal.

LA JUEZA. — *(Mujer de muy mal genio, á la tía Ronca y á la tía Boteja, dos viejas que la acompañan)* ¡Uy, qué cuajo de hombre! .. ¡Se fué á las siete y aún no ha vuelto!

LA BOTEJA. — *(Chismorrera y cizañera.)* S'habrá amorráu á la jeta de alguna cuba...

LA RONCA. — No pué ser otra cosa ¡retoño!, porque la boda s'ha deshecho.

LA JUEZA. — *(Irritada.)* Y, aluego, dicen si una charla y le da gusto á la lengua.

LA BOTEJA. — A güena hora m'hacía eso mi mariu... sin que yo le sacase la piel.

LA RONCA. — Si mi mariu me usase tal chandrío, lo ubría como á una res...

LA JUEZA. — Pus aún no me despido, ¡aguardol..

LA BOTEJA. — Cuatro horas fuera de casa, haciendo el galván; porque la boda s'ha deshecho...

POLITO. — *(Aparte, al aparecer en la cocina y ver la cara de bruja que le ponen las mujeres.)* ¡Rejibar! Si vengo á güenas, m'arpan.. Habrá qu'hacer el carrañoso... *(Fingiendo un humor de perros.)* ¡Rediosla! ¡Remecargo en diezla! ¡Recontramño!

LA BOTEJA. — Así entran los tocinos en la zolle...

EL JUEZ. — Yo entro como me sale de los piales.. A más que á cáa uno hay que dále lo suyo...

LA JUEZA. — Pero, ¡facineroso! ¿Ande t'has metiu?

EL JUEZ. — *(Fingiendo peor humor, para que su mujer amaine el suyo.)* ¡De que me se burle una perra! .. ¡Remecargo en diezla! ¿Tú sabes lo que ha pasau?

LA JUEZA. — Lo que sé es que vienes haciendo la comedia de la carrañata y te la voy á quitar yo con una abarca...

EL JUEZ. — *(Amenazador y cómicamente furioso.)* ¡Recontra me cargo en diezla!.. ¡Miá que ya tengo bastante con la chanza que man usau los novios!.. ¡Miá, que recontra!

LAS TRES MUJERES. — *(Parodiándole burtonamente.)* ¡Que remecargo en diezla!.. Ya lo has dicho antes...

EL JUEZ. — *(Sin saber qué partido tomar.)* Pus... oír y decime si no hay motivo pa que me recontra me cargue en diezla.. Han llegau á la iglesia Vitoria y Miterio y á la que les ponían el yugo...

LA BOTEJA. — ¡Miá que el matrimonio tié unas cosicas!.. Iguala á las presonas con los güeyes.

EL JUEZ. — *(Creyendo que es una alusión.)* Eso lo ice usté porque s'ha quedau pa vestir santos...

LA JUEZA. — Porque vale más que vestir á demonios como tú... *(Segue insultándole.)*

EL JUEZ. — *(Sin hacerle caso.)* Pus le pregunta el cura al novio: ¿quiere usté por esposa á Vitoria Arasanz?

LA RONCA. — Y él ¿qué dijo?

EL JUEZ. — Déjeme usté pensálo...

LA RONCA. — Güeno. Piénsalo...

LA JUEZA. — Como está borracho, no s'alcuerta...

EL JUEZ. — *(Protestando.)* Si eso es lo qu'ha dicho Miterio... Después s'ha ido y ha dicho...

LAS TRES MUJERES. — Venga, arremata, hombre, que estás más zorro que un lagar en la vendimia.. *(Le insultan.)*

EL JUEZ. — *(No queriendo hacer caso.)* Y ha dicho.. *(Viendo que no cesan de injuriale.)* ¡Déjenme ustés, que ahora güelvo!..

LA RONCA. — ¿Y no ha güelto?

EL JUEZ. — Si eso no lo ha dicho él. El s'ha ido sin ca-

sarse y sin decir nada.. Eso fo digo yo, que me dejen que güelvo... con una vara de mimbrera pa rompérsela en las costillas á ustés..

LA RONCA. — Eso será á su mujer, que á nosotras, no...

LA JUEZA. — A mí no me pega él, ¿lo sabe usté, so envidiosa?

LA RONCA. — Sí, déle usté sopas, ahora... ¡Ah, simple, simple, así ahora éll.

(Hay un momento de vacilación, pues la Jueza no sabe si arañar á la Ronca ó á su marido; por fin, se decide por pegarle á éste; éste á aquélla, y entre todos arman el jaleo padre.)

ACTO SEGUNDO

En la misma cocina

LA JUEZA. — *(Después de increpar á su marido con tal impetu, que casi lo ha dejado sordo.)* ¡Si eso sólo te pasa á tú! Dejar que se te burlen dos veces... En seguida iba yo á la iglesia á la boda de Vitoria y Miterio. ¿Tú sabes á qué han ido ellos?

EL JUEZ. — *(Aturdido.)* ¿A qué?

LA JUEZA. — A reisen de los tontos como tú.. Vitoria, después que él la dejó plantá en la iglesia, fué á buscar á Miterio, y le dijo: Necesito que me des el desquite... ¡El desquite! U sea, volver á la iglesia pa que dijese él que sí, que quería casarse con ella, contestar ella entonces que no quería casarse con él... Eso me lo contó ella mesma...

EL JUEZ. — Pus, si ella ha dicho también que sí...

LA JUEZA. — ¿Cómo?

EL JUEZ. — Sí. ¡Sí s'han casau!

LA JUEZA. — ¡Tocina! Eso eran ganas de casarse y no de tomar el desquite...

EL JUEZ. — ¡Descudia, descudia! ¡Qué bien s'ha tomau el desquite... contra su novio!

LA JUEZA. — ¿Cómo?

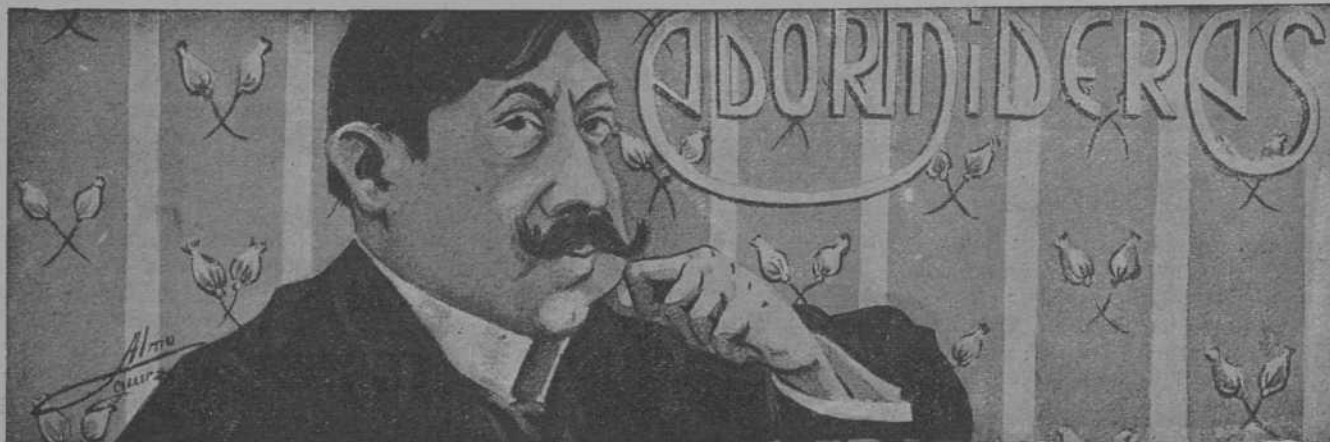
EL JUEZ. — *(Con profunda convicción.)* ¡Rediosla! ¡Lo ha casau! ¡Lo ha casau!.. ¿Te paice poco desquite?...

El Bachiller CORCHUELO.

FECUNDITÉ

Una señora yanqui, del Estado de Minesota, en Goodhe, á luz ha dado há poco, según leo, el sexto par de gemelos, pudiéndose augurar que así continuará fructificando hasta Dios sabe cuándo, porque dicen que es ancha de caderas y sólo tiene treinta primaveras, á no ser que el esposo, buscando en otro pueblo su reposo, por creer que su mucha descendencia es debida del clima á la influencia, le diga á su mujer que es conveniente, para vivir los dos tranquilamente, que elija el pueblo que á ella le acomode; el que la guste más, ¡pero no Goodhe!

José ESTRANI.



Lector: Quieras que no quieras,
he de obligarte á *sornar*
con las diez ADORMIDERAS
que te voy á propinar.

Mas no me pegues un palo,
porque—¡bien lo sabe Dios!—
te las doy por estar malo
mi compañero *Gonzalo*
de Quirós...

Y así, quieras que no quieras,
su obligación desempeño;
y voy, con ADORMIDERAS,
á ver si te viene el sueño...

Sírvante, pues, de beleño,
las diez que voy á escribir
por salir

como pueda de mi empeño,
ya que de todas maneras
irás, con ADORMIDERAS,
á dormir...

¡Mi compañero es *atroz!*...
Lleva en cama doce días
con un catarro feroz,
y, para hacer poesías,
no está en voz.

Sé que voy á hacerme un lío;
mas, como nunca rehuyo
mi deber, le substituyo
con gran sentimiento mío...
(y, por de contado, tuyo).

Pero no me des un palo,
ya que—¡bien lo sabe Dios!—
«te duermo», por estar malo,
mi compañero *Gonzalo*
de Quirós...

*
*
*

Por una cuestión de ochavos
detienen á quince bravos
de distintos regimientos.
No hay nada, para atar cabos,
como eso de atar sargentos...

Ya me figuro la pena
á que, cual justa sanción,
el Código les condena.
Si los detenidos son
quince, sufrirán... *quincena*.

*
*
*

En el *poético* drama
de Federico Oliver,

dice el galán á la dama:

«¡Ea! ¡A la cama, á la cama!»

¡¡Dios mío!! ¿Qué irán á hacer?...

*
*
*

Sale un tren de mercancías
del Grao para Valencia
Lo asaltan unos ladrones,
roban doce mil pesetas,
y uno de los guardafrenos,
que teme por su pelleja,
dice para su capote:

—¿Esto es de Grao... ó por fuerza?

*
*
*

Si oyes contar de un naufrago la historia...
¡di que ya te la sabes de memoria!

*
*
*

Gracias al buen La Cierva
—¡vaya un conservador para conservar—
los pobres taberneros
van pronto á verse como el vino... ¡En cueros!

*
*
*

Afirman los periódicos
que ha muerto el rey Oscar.
Lo siento mucho; pero...
no lo puedo llorar.

*
*
*

Como hay tanto ladrón por los hoteles,
voy á abonarme á un *coci* en «Los Gabrieles».

*
*
*

Si quieres tener humos,
métete á vigilante de consumos;
y si eres del fielato de las Ventas,
á toda la que pase... ¡la revientas!

*
*
*

Si tu mujer te pega, no resuelles:
¡no te vaya á pasar lo que á Crouselles!...

*
*
*

Cuando por esta ADORMIDERA vas,
me supongo, lector, que pensarás:
—¡Ay! ¡¡No permita Dios
que esté enfermo *Gonzalo de Quirós!*!

Carlos MIRANDA.

EL DOLOR DE HARRIS

(HISTORIETA SENTIMENTAL)

Un día me encontré en la calle á mister Harris. Su abatido aspecto, su caminar silencioso, movieron me á afrontarle con viva simpatía.

—¿Qué es eso, mister Harris?—dijele poniendo mi mano familiarmente sobre su hombro—. ¿Usted triste? Y un supremo suspiro, como prolongación de sus pesares, salió de su angustiado pecho.

Indudablemente, algo muy serio debía ocurrirle, porque Harris aunque envuelto por la bruma de su carácter inglés, era un espíritu de expansiva jovialidad, de animoso y sonriente gesto, á quien nunca vimos adolorado ni taciturno.

De ahí mi extrañeza.

Harris agradeció mi interés, y sin duda deseoso de hallar para su pena el comentario piadoso de una voz amiga, apresuróse á relatarme lo que le había sucedido, con tal acento de ternura que al final de su historia éramos dos los apesadumbrados, Harris y yo.

—Ya sabe usted—me dijo, tras breve pausa, coordinadora de sus ideas—que desde la muerte de mi hermano hace dos años, en Barcelona, donde trabajábamos en un *music-hall*, yo me retiré, y nuestro famoso número de los «Excéntricos Harris» se deshizo.

Aunque yo hubiese podido continuar con buen éxito nuestro original trabajo, la muerte de mi hermano me desalentó y no quise aceptar contrato ninguno.

Así, pues, decidí retirarme, y aprovechando mis pequeñas economías y mis conocimientos comerciales, pues antes que excéntrico estuve en Inglaterra en una casa de comercio, me vine á Madrid, donde por indicación de mi cónsul pude hallar un tranquilo destino en una casa inglesa.

Vendí á un compañero la ropa y los aparatos de mi antigua profesión, y sólo conservé casi con afán maternal un conejo blanco, con el que mi pobre hermano y yo hacíamos un *truco* de gran efecto.

El conejo blanco era para mí la única evocación de mi vida pasada, y lo quería, lo quería, ¡qué se yo! como si mi hermano me hubiese nombrado al morir tutor suyo.

—¿Y lo habéis perdido?—interrumpí.

Los ojos de mister Harris cayeron á plomo sobre el suelo y exclamó con infinita tristeza:

—¡Para siempre!

Y continuó su historia

—Por recomendación de un amigo me instalé en una casa de huéspedes, donde me trataban con interés y afecto familiar.

Llegó el día de mi santo, y al salir de casa encargué á la señora que preparase comida para cuatro personas, amigos y compañeros míos.

Como ya sabe usted que aún no puedo expresarme con claridad en castellano y entonces menos, pues sólo me eran familiares algunas palabras, con gran trabajo logré hacerme entender que deseaba una comida á la española, y al salir, como de costumbre, la señalé á mi amado conejo blanco para que lo cuidase en mi ausencia.

Volví con mis amigos, y nos sentamos á la mesa alegremente. La cocinera se lució. El plato á la española estaba exquisito.

—En su vida—dijo la señora, muy pagada de nuestros elogios—han comido ustedes un conejo mejor guiado.

Aquel recuerdo me hirió, acusándome de egoísta.

¡Nadie se había acordado del conejo blanco!

Y para reparar esta falta, me levanté de la mesa, y tomando una blanca y rizosa hoja de lechuga, volé en su busca.

—¿Dónde va usted?—me preguntó solícita la señora.

—A obsequiar en nombre de todos á mi buen conejo.

—¿El conejo? ¡Pero si se le acaban ustedes de comer!

Todo el comedor me dió una vuelta en aquel momento. Entonces lo comprendí todo. La señora entendió las señales que le hice antes de salir de que lo atendiera, por la indicación de que lo sacrificara.

¡Pobre y fiel compañero!

Desde entonces, créame usted, siento invadirme todas las tardes por un crepúsculo de tristeza.

Y el buen Harris se abrazó á mí, y yo... yo también sentí con él aquel pequeño poema del dolor.

Luis GABALDÓN

CONFIDENCIAS



La criada.—Me huele á chamusquina, Avisaré á los bomberos que vengán á apagar el fuego,

LAS ONDAS

Alegres y bulliciosas
dos ondas, por la corriente
se escaparon de una fuente
y se creyeron dichosas.

—¡Qué bien vamos!

—¡Qué alegría!

—¡Qué hermosura!

—¡Qué contento!

E impelidas por el viento
cruzaron toda la umbría,
recorrieron la pradera,
y en su loco empeño vano,
pasaron del monte al llano
sin detener su carrera.

Todo el día sin descanso
por el arroyo siguieron,
hasta que al fin á dar fueron
á las aguas de un remanso.

Y allí, de su libertad,
que hallaron, el fin me explico;
pues se las bebió un borrico
con toda tranquilidad.

M. GARCÍA REY

DIAS DE LUJO Y DE VICIO

EN LA HORA DEL COK-TAIL

... Una roja pluma, riza en sus finales, prendida con un broche de oro, orlado de inquietos rubíes, se yergue audaz sobre el liviano casco de fina paja milanese, fuertemente morada; y escapándose de tal palio, se desborda por sobre la nuca exquisita el bruno madejón de sus cabellos, atravesado por seis largos alfileres de platino rematados con berilos, que semejan una glauca corola al ser iluminados por la luz agria, un poco frívola y un mucho molesta, de los arcos voltaicos. En su frente de marfil antiguo se muestra el cabello partido en dos bandos boticelianos, marcando el trazado de medioeválica ojiva, y se desliza plácido por ambos lados, robándose la visión riente de sus orejitas, de las cuales sólo percibo sus postrimerías, horadadas por los aretes en cuyo oro rojizo dicen sus irisaciones divinas los claros brillantes. Sus ojos nubios pasean su mirar libérrimo de mesa en mesa, deteniéndose aquí y acullá, en donde quiera que encuentran un motivo digno de su atención; y en el rojo clavel de su boca, una sonrisa dice su vanidad de hembra rica y codiciada. Veo caer sobre ella audaces miradas masculinas, en las que leo toda la ridícula epopeya de los «terribles Pérez», esa ignominiosa membranza de los Rávila, de los Orsay, de los Mañara: mi característica frialdad con esto no se inquieta; sé que ella desprecia á estos ridículos seres de morbida vanidad.

Una florista, frágil como una madona del Perugino, se nos apropinca, y á fuerza de torpes mimos me obliga á comprarle dos ramitos de violetas, cuyo destino es ser mordisqueados por los dientes agudos y fieros de Lolita.

Es la hora diablesca dedicada á la magia sangrienta del «cok-tail» y á la sinfonía en ópalos del maléfico ajenjo.

No sé si sabéis que soy un adorador ferviente del alcohol, esa monstruosa divinidad de los locos, de los perversos, de los desgraciados... En el alcohol se encuentra la exaltación de la personalidad: el «yo» adquiere proporciones colosales, inmensas, estupendas; sus fronteras avanzan, avanzan hasta el infinito: el hombre se convierte en «héroe», el «héroe» en dios. Todo lo que existe es uno; lo exterior huye, se esfuma, desaparece..

Nos hallamos sentados en una de las mesas de los balconetes. Ante nosotros, los «cok-tails» de Ginebra lucen su pompa rosada y altísima; aún nuestros labios no se han humedecido con el brebaje exótico y magnífico.

En las mesas próximas hay un triunfar de femeninas bellezas con ricas y sabias toaletas, las que semejan un mar omnicromo y adorable de gasas y sedas, de plumas y flores. En el ambiente hay un florecer de perfumes enervadores, y un continuado vibrar de sonrisas y de palabras. Subconscientemente quedó retenido en una blanca mano, que sostiene con elegante desmayo el im-

pertinente de cabo de concha; siento trepidar mi corazón, cual colegial ante la prima. Aunque no la veo el rostro, sé quién es. Ansia y temor de verla se adueñan á un mismo tiempo de mí. Enormes, titánicos esfuerzos de voluntad tengo que hacer para no asombrar á mi rostro el combate que en el arcaz de mi pecho se efectúa.

Sí, es ella; es Juana María Zaldivar; es la divina rosa que perfumó mi antaño juvenil; sus labios ahuyentaron las leves penas de aquel buen tiempo dorado y lírico; en la mirada serena de sus ojos azules, mis candores tuvieron la primer rota; bajo la providencia de su sonrisa viví una vida fácil, rebosante de gracia y entusiasmo...

¡La casualidad, esa incorregible y pintoresca comadre, la pone ante mis ojos con objeto de motivarme, de ensombrecer mi vida con irritantes recuerdos de un ayer luminoso, que no volverá jamás!..

Es un milagro de blancura; las pieles, las plumas, el traje, la carne, el fieltro del sombrero.. Y sólo es turbada esta armonía inefable por el rubio del cabello, el rojo obscuro de los labios y el azul de sus pupilas... A su lado hay un hongo inglés, gris plata; una tez morena, cetrina casi: unos ojos pardos, un bigote negro, á lo «kaiser»...

Un instante me ha parecido ver en los ojos de Juana María aquellas fosforescencias... ¡Luego, ha tornado á su gesto indolente, desmayado y frívolo, de princesa sin corazón!

A fuerza de voluntad consigo domeñar mi sentimentalismo sensual, y aunque creo haber sido cauto, al volver á mi postura anterior, noto con sorpresa que Lolita se ha percibido, pues en sus pupilas de esmalte hay un florecer de odios. De pronto, siento que las uñas de su manita se clavan feroces en la palma de mi siniestra, y veo un plieguezulo enérgico y vertical sobre su naricilla, al propio tiempo que forman una recta sus labios gordezuelos. Retiro mi mano puerilmente herida; mientras me calzo el guante á ella correspondiente, la interrogo con mimo:

—¿Estás triste, Lolita?

—No tengo motivos para estar triste.

—Hija mía, los motivos no son de todo punto necesario más que en las óperas de Puccini. Puedes estar triste, tan horriblemente triste como un soneto de Amado Nervo, y sin embargo, no tener motivos.

—Pues te aseguro que no lo estoy.

—Entonces, intentaré convencerme.

Me pongo á mirar á la calle: pasan gentes indecisas y obscuras, y mujeres bellas, hacen pensar en sus tibias y espléndidas carnes, sabias en los goces egregios del lecho.

El rostro de Lolita está grave, castellanamente grave. De vez en vez, como soy ágil de ojos, la miro taimadamente, con mirada de novia vigilada por su madre, y en una de estas ocasiones veo que hace un gestillo burlón hacia la Zaldivar, cuyas gracias ilustres me tuvieron á mí por dueño en unos bellos días primaverales...

EL PORVENIR DE MUCHOS, por Almoguera.



- Y ahora, con estos fríos ¿qué vas á hacer?
- Pues... coger una pulmonía.

ENCANTOS DEL FEMINISMO

«Es en el hombre un vicio
el del fumar,
y en la mujer es gracia
particular.»

(De *Los Sobrinos del Capitán Grant*)

Hace cuarenta años era una gracia particular que la mujer fumara; ahora se va á hacer una desgracia general.

Según *Colombine*, las mujeres se han decidido á fumar; y, como es lógico, han iniciado este nuevo movimiento de *aproximación* al macho y de emancipación, al mismo tiempo, paradoja al canto, las grandes damas, las artistas, las literatas, y, desde un poco antes, las mozas de partido.

Es un movimiento de abajo arriba.

Realmente, el vicio de fumar, como detalle de emancipación de la mujer, es una sagacidad, porque sabido es que una cajetilla de cuarenta y cinco de Gijón, y un puro de quince elegido, emancipan mucho.

Por lo que á mí atañe, una mujer que fume con asiduidad está desde luego emancipada, y puede dedicar el delicado vaho de su aliento á limpiar dorados hasta dejarlos como bruñidos.

Una mujer oliéndole la boca á tabaco, aunque sea turco, debe ser un encanto guerrero como otro cualquiera.

Una de las damas consultadas con respecto á este particular, francesa de nacionalidad, por supuesto, ha dicho que la mujer debe de fumar porque su acción da elegancia en los modales y gracia en los mohines, haciéndolo con arte.

Los que hemos estado en Francia sabemos que eso de que las mujeres fumen en la intimidad con un arte supremo, y una elegancia máxima, y una gracia suma, es eminentemente nacional; pero como las francesas fuman da gusto, porque luego no las huele el aliento, por lo menos á tabaco.

Y las hay que se tragan el humo.

Otra dama francesa opina que la mujer debe de fumar prescindiendo del puro y de la pipa.

Y yo diría á esa dama:

—Señora, si prescinde usted del puro y de la pipa en el vicio de fumar, le deja usted reducido á una insubstancial porquería.

El tabaco es un narcótico como todos, que hay que ir aumentando paulatinamente las dosis, en calidad ó cantidad, para que ejerza su virtud y satisfaga el fin que se proponen las personas que lo usan, y podría darse el caso, *madame*, de que llegase usted á fumar doscientos cigarrillos diarios sin satisfacer al paladar; y como no iba usted á estar todo el día con el pitillo en la boca, tendría usted que ir fumando parte, hasta llegar al puro, y á la pipa.

Además—esto no se lo diría á ella—de que el único encanto que podría existir en que la mujer fumase sería precisamente el de verlas manejar el puro ó ver las pipas entre sus pequeños labios. Esto sí puede que resultase encantador: ver juntas las dos *boquillas*, la bo-

quilla del cigarro y la boquilla de la fumadora, boquilla de puro pequeña, y no me refiero á la boquilla de puro.

¡Ah! No cabe duda de que sería muy lindo ver juntos los tres fósiles preciosos: el coral de los labios, la espuma de mar y el ámbar.

Empero el vicio de fumar sería un grave trastorno en el hogar, sobre todo si los cónyuges fumaban del mismo tabaco.

Sería una nueva causa de discordia en el matrimonio, y lo que hay que hacer es procurar extinguir y desvanecer discordias, y no crear otras nuevas. Por el tabaco se arman en las familias verdaderas batallas campales. Riñen padres é hijos, hermanos entre sí, primos, compañeros y amigos.

Y si hay en el mundo una cosa por la cual riñen, aparte del dinero los padres y los hijos, los primos, los hermanos, los amigos y los compañeros, ¿qué sería los maridos y las mujeres, que siempre andan buscando un *algo* para andar á la greña?

Pues, ¿y entre suegros y yernos?

Las broncas empezarían así:

—Anita ¿te has fumado tú unos cigarros que había en la mesa de mi despacho?

—Yo, no.

—Pues entonces habrá sido tu madre.

—A mi madre no la falta tabaco, ¿sabes tú? porque para eso es mi madre.

—Entonces habrá sido la niña.

—La niña es más fácil que haya sido.

—¡Ah! ¿Pero fuma ya la niña?

—¡Toma! ¿Y por qué no ha de fumar mi hija? ¿No tiene ya catorce años y va á ser una mujer de un momento á otro? ¡Estaría bueno, una mujer de quince años que no supiera fumar! ¡Vamos, hombre! Qué cosas os extrañan á los hombres! ¿No fumabas tú á su edad? ¿O es que por ser mujer ya la quieres hacer víctima?

—Lo que yo digo es que á la primera que se me fume un cigarro de los míos la voy á quitar el vicio de un taconazo.

—¡Verdugo!... ¡Tirano!... ¡Déspota!... ¡Reaccionario!... ¡Anticuado!... ¡Ruín!...

—¡Ana!... ¡Ana!... ¡Ana!... ¡Que se te ha subido el humo á la cabeza, que yo estoy echando lumbre y te voy á hacer ceniza!

Sea, pues, lo que Dios quiera: que fumen ó que no fumen. Yo las escogeré para mí entre las que no fumen, que alguna quedará. Soy hombre que no daría tabaco ni á mi misma madre.

Félix MÉNDEZ

REGALO Á LOS SUSCRIPTORES

EL 10.106

Este es el número de la próxima Lotería de Navidad que FLORES CORDIALES regala á sus suscriptores.

Cuanto se hallen al corriente del pago antes del sorteo, tendrán derecho á la participación correspondiente.

LAS SANGUIJUELAS

I

Era *mestro* Juan, mulato cuarterón, pulcro en el vestir y sabidillo como buen sacamuelas, el barbero más afortunado de Trinidad de Cuba: lo más escogido de la ciudad, desde el acaudalado almacenista peninsular hasta el espléndido criollo, dueño de algún potrero del valle ó cafetal de las lomas, concurrían á su famoso y confortable salón de barbería, mentidero donde más de una vez corrió de boca en boca algún desaguisado, que para morir entre dos únicamente debió haber nacido... ¡Y que no tenía buen serrucho por lengua.

Asiduo concurrente á la barbería de *mestro* Juan, era un señor más viejo que Matusalem, oriundo de Castilla y á quien todo el pueblo conocía más que por su nombre y apellido (Manuel de Lara Cueto, eran los de nuestro hombre), por su extremada tacañería, que atrás dejara la del dómíne Cabra. ¡Así le ahorcaran de una criba no daba Don Manuel un céntimo á nadie! Y cuentan que á miles tenía los pesos fuertes, tanto que con ellos hubiera llenado muchas de las más panzudas botijuelas. Pero si aun por tales circunstancias nadie le conociera, á buen seguro que al verle un fisonomista no se le des-pintara jamás el rostro del señor de Lara Cueto, cuyos pómulos salientes tenían un color amoratado, que iba pregonando á diestro y siniestro la sangre impura de su miserable dueño.

Pero vamos á mi cuento. Una mañana, cuando los asiduos parroquianos de *mestro* Juan formaban la diaria tertulia, llegó Don Manuel á la barbería, y con tal habilidad suscitó la conversación sobre las apuestas, que al breve rato el salón del establecimiento se había convertido en cátedra de la historia de aquéllas. *Mestro* Juan, famoso campeón de las vallas de las *Cinco Villas*, anunció que él apostaba diez onzas á que su gallo *Barranca* vencería en lid sangrienta al *Till* del arriero de Caracusey, tenido entonces en toda Vuelta Arriba como el más invencible de los gallos; Don Lico, dueño de Manaca la Chorrera, á que su potro *Limonares* corría más que la yegua del *pae* Domínguez, un curita que sabía más cánones que Graciano; en fin, cada quisque hablando de apuestas reveló sus predilecciones y se apercibió á las que había concertado. Don Manuel de Lara Cueto, mientras tanto, sumido se hallaba en profundo silencio. *Mestro* Juan le dijo:

—¡Milagro que Don Manuel tiene quieta la sin hueso!

El aludido se removi6 en su asiento, apoy6 bien los brazos en los del sill6n de rejilla en que se encontraba, gesticul6 despectivamente, y contest6:

—Todo lo que han hablado ustedes es de lo más vulgar, lo que siempre se oye, lo que carece del sello de la originalidad. ¡Vaya, *mestro* Juan, yo apuesto con usted una onza á que me dejo poner sendas docenas de sanguijuelas en los carrillos!

—¡*Palucha*, Don Manuel!—contest6 súbitamente *mestro* Juan—. ¡Eal! Si usted no se arrepiente, queda apostada la onza.

Un bravo unánime y sonoro se oy6 en el salón, algunos aplaudieron, y no habían transcurrido breves instantes cuando el barbero ya había depositado en manos del *pae* Domínguez una hermosa pelucona, con la que fué á reunirse otra no menos reluciente del señor de Lara Cueto, no sin harta extrañeza de los parroquianos que de viejo tenían olvidada la costumbre del tacaño de no llevar dinero encima, que no llevándolo es como no se gasta.

Mestro Juan dejó por un instante á sus parroquianos, ávidos de ser testigos de aquella singular apuesta, que dada la avaricia de Don Manuel perdida la veían por parte de su rival. Apenas transcurrieron diez minutos desde que éste se ausentara, apareció por la puerta de la trastienda con las dos docenas de sanguijuelas.

Nuevos vitores, nuevas aclamaciones recibieron á

mestro Juan; luego sepulcral silencio rein6 en la barbería; la apuesta empez6. Y terminó del modo más natural que darse puede, viendo los testigos que los anélidos chuparon la sangre de las mejillas del señor de Lara Cueto, que exclam6 victorioso:

¡He ganado la apuesta, *mestro* Juan!

—Es usted el mismo demonio repuso el vencido.

El héroe de la hazaña fué aplaudido entusiasmáticamente.

Al breve tiempo, en la barbería no quedaba más que su dueño, triste y cabizbajo, llorando la huida de su onza, y sintiendo más que haberla perdido, que todo Trinidad se reíría de su derrota.

II

Hacia breves minutos que *mestro* Juan había colocado en un rinc6n de la trastienda la tranca de la puerta de la barbería, que acababa de abrir. cuando entr6 en ésta el médico Don Fernando, que di6 los buenos días al barbero, y le dijo:

—Compadre, con cara de pocos amigos se ha levantado usted hoy.

—Como siempre, Don Fernando.

—¿Ha estado por aquí Don Manuel de Lara Cueto?

—Ayer mañana; sin duda se habrá usted enterado de la apuesta que hizo conmigo.

—De *pe á pa*, todo me lo ha contado el padre Domínguez; pero no sabrá usted la primera parte.

—¿Primera parte?—pregunt6 el barbero como amoscado?

—Sí, hombre: que las sanguijuelas le fueron indicadas por mí á Don Manuel para ver si se alivia de la pícara enfermedad que tiene en la cara.

—¡Candela!—exclam6 *mestro* Juan, al punto que de las manos se le caían la brocha y la navaja con que se preparaba á servir á Don Fernando.

Y cuentan que el barbero no quiso oír hablar de apuestas en el resto de su vida, que amarga le era cada vez que recordaba la de las sanguijuelas.

Francisco de IRACHETA



—¡A quién se lo doy! ¡El gordo!

LOS LANGOSTINOS

Pérez era uno de los muchos que ese vicio nacional llamado *burocracia* tiene á su cargo.

Era marido de una mujer fecunda, como una incubadora; cuñado de tres muchachas incasables; padre de cuatro chiquillos, que á la hora de las comidas parecían tiburones, y yerno de una suegra inmortal.

Para mantener á toda esta mesnada familiar, y además á un gato llamado *Salmerón*, contaba el desventurado Pérez con el haber anual de mil quinientas pesetas, pagado *con puerta*, que es como los gobiernos pagan á sus más leales servidores.

Así es que en casa de Pérez sólo hacía el gasto la vulgar patata, servida en todas las formas conocidas en el arte culinario; la ruidosa judía; la sencilla lenteja, y en caso de fiesta onomástica, bautizo ú otra cualquiera solemnidad familiar, el plato obligado era la merluza de Terranova, vulgo bacalao.

El sabroso *entre-côte*, la apetitosa chuleta, la cándida lubina, la popular merluza, el aristocrático salmón y la deslumbrante langosta, eran manjares que jamás se habían detenido, ni aun de visita, en la modesta casa de Pérez.

* *

Se acercaba el primero de Noviembre, día en que Pérez celebraba su natalicio, y con tan fausto motivo, quiso obsequiar á su familia con un plato extraordinario y fuera de abono, y que además fuera totalmente desconocido para todos; y recordando que su mujer le había dicho en muchas ocasiones que tenía vivísimos deseos de comer langostinos Pérez le dijo:

—El día de mi santo comerás langostinos.

—¿De veras?—preguntó ella como dudando de lo que acababa de oír.

—Aunque luego tengamos que pasarnos todo el mes comiendo cañamones.

La noticia llevó la esperanza á todos los estómagos y la alegría á todos los corazones.

Los niños, ante la risueña perspectiva del banquete de langostinos, prorrumpieron en estruendosos gritos de júbilo; las cuñadas soñaron durante muchas noches con el rico y sabroso crustáceo; la suegra sonrió dulcemente con la esperanza de dar útil ocupación al único y mal seguro diente que le restaba de lo que un día fuera espléndida y nacarina dentadura, y hasta *Salmerón*, el rey de los tejados de la vecindad y maestro en el arte de asaltar las despensas colindantes, buscando en ellas lo que jamás hallara en la propia, se relamía tranquila y filosóficamente, subido en lo alto de la cómoda...

* *

Al dar la una en punto del día señalado para el banquete, toda la familia de Pérez se hallaba congregada en torno de la mesa del comedor, sobre la cual humeaba una enorme cazuela de patatas completamente *viudas*.

No obstante el voraz apetito que todos sentían, ninguno paraba mientes en el contenido de la cazuela.

Lo único que les preocupaba, lo que constituía el punto convergente de todas las miradas, era lo que pudiéramos llamar el *clou* de la comida: una colosal fuente de langostinos hábilmente aderezados á la vinagreta, con que el bueno de Pérez quería solemnizar el día de su santo.

Cinco minutos después las patatas habían desaparecido, trasladando por partes proporcionales á los respectivos estómagos.

Iba á comenzar el segundo y más interesante número del programa culinario. La esperanza lejana se trocaba en risueña realidad.

Pero en aquel crítico momento, un violento campanillazo cortó todas las conversaciones y dejó poco menos que en suspenso la respiración de los comensales.

—¿Quién llamará á estas horas?—preguntó Pérez, un tanto alarmado.

—Debe de ser la andaluza del principal—contestó su esposa—. Es una mujer muy entrometida, y sobre todo, muy amiga de meterse donde no la llaman.

—Pues esconde los langostinos y abre la puerta.

Hízolo así la mujer de Pérez, y un instante después penetró en el comedor la vecina aludida.

—Buenos días, vecinos—dijo con marcado acento andaluz—. Parese que hay apetito, ¿eh? ¡Me alegro! Permítanme ustedes que me sienten, porque estoy fatigadísima. ¡Ay! ¡Las escaleras me matan!... Y luego, estos malditos dolores no me dejan vivir. Porque ya se sabe: en cuanto caen cuatro gotas el reuma es conmigo, y tengo que pasarme la vida tomando salicilatos. Y á propósito: ¿saben ustedes qué hora es? Porque el reloj de casa se ha parado, y estoy intranquila con esto de que mi marido no haya venido aún á comer. Yo no sé si le habrá ocurrido alguna cosa. Ahí tienen ustedes los inconvenientes de ser buen empleado; y como mi esposo, y no es porque yo lo diga, es el brazo derecho de Osma, y el más inteligente de todo el Ministerio de Hacienda, no le dejan parar ni un momento. ¿Que Osma se cae al suelo y se hace un chirlo? Pues ahí está mi marido para ponerle el aglutinante. ¿Que el subsecretario está enfermo? Pues allá va mi esposo á darle unas friegas en la región sacra. ¿Que hay que resolver á gusto de todos un expediente complicado? ¡Pues á mi marido con el hueso! ¿Conque dicen ustedes que son las dos? Pues me voy á preparar la sopa, porque el pobresito mío está al caer... Vaya, adiós, y que les aproveche.

Marchóse la vecina, y Pérez exclamó con satisfacción:

—¡Anda y que te lleven todos los demonios!

—Voy á traer los langostinos—dijo su mujer.

—¡Sí, sí!—gritaron todos los demás.

La señora de Pérez marchó en busca del suspendido plato, y cuando todos se disponían á saciar su apetito, aguijoneado por aquel interregno, un grito terrible y angustioso puso en conmoción á toda la familia.

Cuando, pasado el primer momento de estupor, todos se disponían á correr al sitio de donde había partido aquel grito, pálida, convulsa y desencajada, apareció en el dintel de la puerta del comedor la señora de Pérez.

—¿Qué es eso?—la preguntó éste.—¿Qué ha pasado?... ¡Habla!

—¡Un desastre, esposo mío! ¡Una hecatombe!

—¿Qué?

—¡Que *Salmerón* se ha comido todos los langostinos!

—¡Ah!—exclamaron todos en el colmo de la estupefacción.

Manuel SORIANO.

UN LIBRO DE ZAMACOIS

Acaba de ponerse á la venta el último libro de Eduardo Zamacois *Desde mi butaca*.—*Apuntes para una psicología de nuestros actores*, editado con admirable limpieza y gusto por la casa Villavicencio, de esta corte.

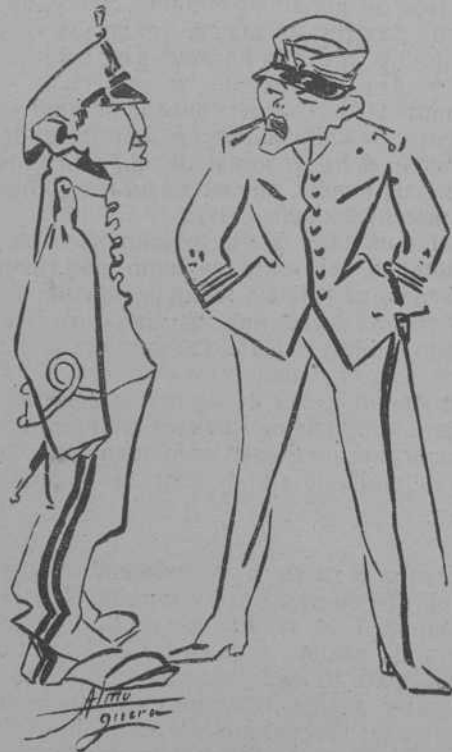
Sin tiempo más que para hojear la nueva producción del fecundo escritor, nos limitamos hoy á recomendar á los amantes de lo bello la lectura *Desde mi butaca*, donde el autor ha puesto toda la encantadora magia de su pluma vibrante y amena, todo el florido pensar de su cerebro robusto, toda la fina observación y el firme juicio que brota á menudo de su cultura extraordinaria.

Cerca de 300 páginas en 4.º, TRES PESETAS.

COMIQUERÍAS, por Almoguera.



—Ya has oído: por tener la lengua larga, castigado á hacer durante una semana la limpieza á la coronela.



—¿Y tú tocas instrumento de alre?
Sí, señor, el tambor.



—¡A...suca! ¡Y qué estiraíco va el género de punto de este tío!



—¿Conque tu papá fuma? Pues me lo voy á chupá enterito, por concurto del ama é cria.

LOS INÉDITOS

En esta plana insertaremos semanalmente los trabajos de los jóvenes que empiezan a abrirse campo

TU IMAGEN

La guitarra calla: su canto no suena,
se muere de pena
pendiente del muro de lienzo y bambú.
La guitarra calla: sus cuerdas dormidas,
polvorientas, mudas, tristes y abatidas
con afán esperan que la temples tú.
En tiempos mejores, tendida en tus brazos,
sonó muchas veces, y sus rojos lazos
de raso con borlas de viejo oropel,
danzando ligeros, bajaban, subían,
y luego volvían
á dar besos suaves de seda, en tu piel.
También en la arena
que lamen las olas, en noche serena
la oí sollozar,
y vi bajo el palio de luz de la luna
tus lágrimas cálidas, corriendo una á una
por todas sus cuerdas, perderse en el mar.
Cantó entre tus dedos romanzas de amores
iguales que lluvia continua de flores
sobre la belleza de divina hurí;
cantó hasta quedarse sin fuerzas, rendida..
Después, silenciosa, lloró tu partida
sin ella y sin mí.
Pero no te fuiste sin dejarme nada:
dejaste tu imagen... Allí está colgada
de un clavo del muro de lienzo y bambú:
por fuera es emblema de amor y alegría;
por dentro vacía...
lo mismo que tú.

Germán GONZALEZ DE ZAVALA

DIALOGO CHULESCO

—¡Olé, olé y olé! Dios le bendiga á usted ese cutis
avellana y esos ojos, que son más canallas que *Júas*, y
esos andares á *punto por cima*, que si tengo gana de
convertirme en zapato es pa que meta usted ese pie que
paese una pieza de dulce seco.

—¿Y... ya está?

—¿Cómo que?... ¿Pero es que ha tenío mala sombra el
piropo?

—Como mala sombra, no: pero asaúra, ¡por resmas!

—¿El piropo ú yo?

—El arzobispo. ¡Qué chistoso! ¿Pero, á dónde va
usted?

—A acompañarla, so capullo.

—¿Pero me ha tomao á mí por alguna medio pensio-
nista?

—¿Por alguna qué?

—Por algún funeral.

—¿Por qué, caracol santo?

—Por lo de la compañía.

—Es que tié usted cara de ser una mijita medrosa.

—¡Medrosa yo, cuando es usted el vivo retrato de «El
Pernales» y no me he estremecío...

—«¿Pernales» yo? ¡Qué más quisiera su mersé pa
jartarse de reir!

—¿Pero cree usted que no me río?

—¿De quién?

—De usted, que, visto por el perfil, *le da un aire* al
verdugo de Graná.

—¿Que le da un aire? ¡Pues que haya alivio!

—Gracias. ¿Pero de marcharse, qué?

—Pues de marcharse... que no me arretiro hasta que
no deje á usted en la meta

—¿En la qué?

—¿Sabe usted, so marnolia, que lo tiene más delicaio de
lo que yo creía?...

—¿El qué?

—¡Otra vez! ¡El tímpano de la oreja!

—¿El tímpano? ¡Por lo menos se ha creío el tío este
que mi oreja es algún centro filarmónico!

—¡Bendita sea esa boca granate! Si no fuera por el
temor á la hemorragia, le daba un bocao en el labio de
abajo.

—¿A mí, con esos dientes que parece que los tié us-
ted forraos de hule?

—Eso es de salú, dompedro polaco.

—¡Vaya unos motes! ¡son más duros de roer que las
habas secas!

—Eso es de gracia que le hacen, alma común.

—El común, osté, so cabestro.

—He querío desir alma de los dos.

—¿De los dos? Primero se la daba á *las ganancias* á
Pedro Botero.

—¡Pero, si está usted rabiandito de que yo le diga por
el lao que se ha de podrir, so torta é bizcocho!

—¿Yo? ¿Pero se quiere marchar ya, que me está
oliendo peor que un escape de gas?

—¿Irme yo? ¡Primero me dejaba extraer un hígado!

—Pues me paece, que como siga p'álante le van á hi-
potecar las muelas esta tarde.

—¿Y quién va á ser ese carrá de escombros que va á
ejecutar esa acción tan difisil?

—¿Quién? Un tío que no se quita los pantalones ni pa
acostarse.

—¡Caracoles! ¿Será ese hombre el que se come á los
tíos con cáscara y tóo?

—Ese hombre, lo que se va á tragar sin mascar ni
náa, son esas dos cargas de asaúra que tiene usted, que
me están haciendo ya sangre torsía... ¡A propósito! ¡Por
lo alto e la calle viene!

—Bueno; pues... pues.. ¡Haga usted el favor de desirle
que se espere cinco minutos, que voy á recoger una na-
vaja que me están componiendo!

Martín DE THALES.

CUARTELERIAS

En un cuarto de estandartes
entró un cabo, muy sumiso,
previo el «¿Da usted su permiso?»
de rigor en tales partes.

Con visible cortedad
dió esta noticia al teniente:

—El potro *Sobresaliente*
ha muerto *sin novedad*.

—¿Sin novedad? Imposible —
el oficial respondió.

O á usted no le entiendo yo
ó hay aquí un hecho punible.

A tal ardid no me allano,
é impongo á usted un arresto
si no me presenta presto
el caballo vivo y sano.

Matías CUELLO

ROSAMUNDA DE ROSSILHON

(TRAGEDIA DE AMOR)

I

Esta es una antigua historia de amores, de odios y de muertes. Teatro de ella, Narbona, hace ochocientos años. Protagonistas: Rosamunda, castellana de Rossilhon; Raimundo de Rossilhon, su esposo; Guillermo de Cabestaing, caballero, poeta y músico; Arnaldo de Bornell, mendigo, que ambula de puerta en puerta cantando trovas.

La castellana de Rossilhon es mujer encantadora, que parece creada para el amor: joven, con la juventud de una flor de Abril; blanca, con la blancura inmaculada de la nieve; sus guedejas brillan como hilos de sol; el pecho llévalo ceñido por ancha cinta de oro.

Raimundo demuestra no preocuparse mucho de la belleza sin igual de su esposa. Además de que no es hombre muy dado á las mujeres, los muchos años que sobre él pesan y una mala vida han apagado los fuegos de su corazón. Pero conserva agilidad en su cuerpo, y ahora la aprovecha para montar á caballo y correr con sus sabuesos y sus escuderos tras los grises lobos ó los jabalíes de grandes colmillos que campan en los bosques de Narbona.

En el Condado de Rossilhon vive cierto caballero, noble, de trato agradable, tan cortés con las damas y enamorado de ellas como diestro en el manejo de las armas y fuerte de valor. Guillermo de Cabestaing llámase el galán. Un tiempo, enamoró á Rosamunda, y de ella fuera esposo si el del Señorío no lleva de ventaja á la boda una corona ducal. Pero este matrimonio no produce gran alteración en el amor que de antiguo se prometen Rosamunda y el de Cabestaing, porque se hace entre las lágrimas y los suspiros de la dama, que sólo obedece á sus mayores al casarse con Raimundo, y entre las protestas y los maldecires de Guillermo, que no se aviene á aquel suceso.

Rosamunda sufre vida monótona y triste. Para endulzarla, su galán la compone sonetos y la canta trovas á media noche ó al amanecer:

*Rossilhol! el seu repaire
Iras ma dompna vezet,
E diguas li'l meu affaire
Et ill digua't del seu ver
E man sai
Com estai...*

Hasta el duque llegan ecos de estos cantares; no precisamente porque los perciben sus oídos, sino porque son objeto de parlas y rumores entre las

gentes del castillo y de sus contornos, que ya han bautizado á Cabestaing con el sobrenombre de *El trovador del amor perdido*.

Celoso el señor de Rossilhon, estrújase la negra y luenga barba mientras en vela pasa las noches ideando males contra Guillermo. Al cabo, parece volver la paz á su espíritu, porque dejando de lado las violencias de carácter muéstrase bondadoso con los que en su rededor viven.

Ya la venganza está resuelta en su ánimo. Cierta día, manda un jinete al de Cabestaing, portador de cariñosas letras en las que el duque le invita á su corte para que les deleite con la lectura de aquellas poesías que él sabe cantar tan bien y con tanto arte. Llega el emisario á las puertas de Guillermo, y en vano llama: el poeta no está en la casa. En la ciudad nadie sabe dar cuenta de su persona. Y el duque tiene que aceptar forzosamente esta ausencia de su rival.

II

Una noche de Enero, en que un vientecillo sutil no es bastante á empañar la limpidez de un cielo estrellado, llega hasta los muros del castillo de Rossilhon un mendigo. Desaparrado, sucio, hambriento, fatigado por penosa marcha á pie, detiéndose ante un foso cuyo fondo de aguas y verdor ilumina la luna prestándole claridad de plata. Como si el miserable gozara de la vista, inspecciona aquel lugar, y luego, tanteando con su bastón el suelo que va pisando, penetra en el gran patio del castillo y lo atraviesa sin que nadie le detenga. Cruza un puente levadizo y llama en fuerte aldabón hasta que un escudero, asomando la cabeza y viendo solamente al andrajoso con un laúd colgado de los hombros, le abre el postigo y le hace entrar en el cuarto de guardia, donde el anciano, acogido alegremente, siéntase ante el fuego que arde, para calentar su aterido cuerpo.

—Trovador, parece que eres extranjero, —dícenle los escuderos del duque.—Cántanos de la guerra y de la caza.

Y el mendigo entona bélicos sonos, recibiendo en pago varias monedas.

—Cántanos ahora del amor, —exclama Lanfranc de Anjou.

—¡Sí, del amor, del amor!—repite entusiasmado Gaucelin.

—Cántanos del amor, y te doblaremos los sueldos, —dicen todos á coro.

—¿Olvidaste ya las trovas galantes?—insiste Lanfranc.

—No —, responde el mendigo, moviendo dolorosamente la cabeza. —Pero yo canto únicamente el amor de Dios y de María Santísima de la Soledad.

*Al pes de Jesu Crist la pecairis s'estent,
Aitant longa cant fon, et ac tal penitent...*

Y así entona, acompañándose del laúd, la «Cantilena de María de Magdala», que oyen no sólo los hombres de armas, sino los servidores de Rossillon á quienes la curiosidad lleva ante el cuerpo de guardia. Así que termina el pordiosero, le cogen dos escuderos por los brazos y le sientan frente á una mesa, donde colocan un vaso, un frasco conteniendo rico vino de Borgoña y algunas viandas, resto de la comida que ellos hicieran antes.

El ciego come poco y no bebe nada. Arroja á los mastines que olfatean bajo la mesa la parte mejor de las viandas, y á cambio del vino pide agua. Se la dan, y bebe. Envuelve luego su medrado cuerpo en hospitalarias mantas, y acostándose al lado de las calientes cenizas del fuego pronto queda profundamente dormido.

(Continuará.)

¡OYE, GENIO!...

*¿Con que porque escribes versos
con corrección y armonía,
y en el libro y en la prensa
se ve á diario tu firma,
y oyes elogios, que á veces
son de pura cortesía,
te juzgas hombre importante
y persona distinguida,
y hasta desdeñas el trato
del tendero de la esquina,
del zapatero de enfrente,
del laborioso ebanista
y de otros muchos que cumplen
su misión en esta vida?
Pues descende de tu altura;
no te ofusques, no te engrías
y ten presente que cuantos
emborronamos cuartillas,
y aun suponiendo que sean
nuestras concepciones dignas
del aplauso — ¡que no siempre
cae esa breva! — en la vida
no somos, ni más ni menos,
que el laborioso ebanista,
que el zapatero de enfrente
y el tendero de la esquina.
¿Que escribes en ocasiones
inspiradas poesías?
Muy bien, yo te las aplaudo
y las leo, pero... ¿olvidas
que hay confiteros que saben
hacer ricas golosinas;
zapateros que te arreglan
unas botas en seguida
y te las dejan flamantes,
hermosas y nuevecitas;*

*sastres que te hacen un terno
primoroso, á la medida,
que hasta presta á tu figura
gentileza y gallardía;
choriceros que te venden
las más sabrosas salchichas
y, en fin, muchos ciudadanos
de condición humildísima,
que no se la echan de genios
ni con desprecio te miran,
y son en la complicada
maquinaria de la vida,
aún más que tú, no lo dudes,
necesarias ruedecillas?...
Pues bien, sigue tu camino;
suene tu armoniosa lira
y sigue escribiendo versos
que deleitan y cautivan;
pero ¡por Dios!, no te creas
de una condición distinta
del que estera tu despacho,
del que cultiva hortalizas,
del que te arregla las botas,
del sastre, del estufista
y, en fin, de todas aquellas
laboriosas hormiguitas
que también oyen elogios
y por el mundo caminan
y su papel desempeñan
en la escena de la vida.
Tú eres uno, uno de tantos,
y por eso no te engrías
al lado de los que valen,
aunque en esferas distintas;
y te lo digo á ti, que eres
de los poetas que brillan;
que en cuanto á los vates hueros
y autores de pacotilla,
te diré con mi rudeza
que rechaza las mentiras,
que entre unos versos ramplones
y unas medianas salchichas,
yo... ¡me voy al embutido
y me dejo de pamplinas!*

José RODAO.



Leyendo.—«El sol repartía sus rayos de oro. Los pájaros cantaban, los labradores también. La yerba parecía triste al lado de las flores...»

—Eso de la yerba no me gusta.

—Pues entonces, me la como.



Teatro Lara. — Sr. Simó Raso,¹
en *Los intereses creados*.

TRAMOYA TEATRAL

Desde el otro mundo, á 9 de Diciembre de 1907.

Un tal genio como Benavente, necesitaba que otro tal genio como yo abandonara el cepo de ultratumba y se fuera en espíritu á juzgar qué clase de *Intereses creados* eran los que Jacinto traía entre manos.

Díle dos sacudidas á la caja, saqué de las cuencas de los ojos algunos gusanos que me impedirían ver bien, monté en el aire y allá fui, al teatro de la Corredera.

Cuando oí que Crispín explicaba la farse de *Los intereses creados*, casi sentí haber abandonado mis ocho palmos de tierra de podrir: aquello iba á ser una quisicosa trivial de pasatiempo baldío, aunque tuviera el aderezo de marca.

Me equivoqué.

Silvia, la delicada Silvia, es un pétalo de pasionaria caído entre abrojos, que me conmovió profundamente.

Es de hondo estudio psicológico la obra, es la garlopa desbastando toscas envolturas de grosero materialismo, es el escalpelo que aparta el tejido adiposo y muestra la composición fibrosa dañada, es el termocauterio aplicado á llagas sociales que corroen la vida sana.

Los polichinelas que hablan, traen todos un texto de biología bajo el brazo, que de buena gana analizaría si no temiera que se enfriara demasiado, esperándome, la losa que cubre mi cuarto entresuelo de la casa común.

Me cautivó la dicción purísima del diálogo. Mézclase lo cáustico y lo sedante, lo noble y lo truhanesco, lo fantástico y lo real, con tan bellos matices de lenguaje extracastellano, que bien puedo reputar maestro al

aprendiz de hace diez y seis años, á quien tengo especie de haberle zurcido en cierta ocasión, á punto de pluma, no se qué de primicias literarias.

La interpretación es maravillosa. Nieves Suárez, la Domus y la Pardo, muy personales, arrancando color á la producción de Benavente. Rubio, Simó Raso, Mata, Ruiloa, etc., etc., magníficos... Vuélvome á mi fosa. La paz sea con los vivos! - CLARÍN.

*
*
*

Teatro de la Princesa.— Federico Oliver es un artista de cuerpo entero, que desde *La muralla* acá dejó honda huella de su espíritu delicado.

Mora de la Sierra es un poema en tres actos, cuyo asunto más se prestaría al volumen que á la escena.

Oliver, sin embargo, ha sabido impregnar la obra de tales tintes que el público aplaudió llamando al autor á las tablas.

Trátase del pueblo que lleva el nombre de la obra, cuyos habitantes maldicen del sol porque les arrebata el pan con la pertinaz sequía.

Oliver ha prescindido de una cosa que jamás la perdonaría Gasset: recomendar á los vecinos de Mora la política hidráulica.

Dos decoraciones de Muriel gustaron extraordinariamente.

Toda la compañía de la Princesa toma parte en la interpretación esmerada.

TIRIO



Teatro Lara. — Sr. Mora,
en *Los intereses creados*.

CORRESPONSALES

Se ruega á los señores correponales que todavía no han rendido sus cuentas, se sirvan hacerlo á la mayor brevedad, para facilitar las operaciones de esta Administración; pudiendo servirse para ello del Giro Mutuo, lidranzas de la prensa ó sellos de Correo.

BUZÓN

J. S.—Madrid.—La versificación no es del todo defectuosa; hay redondillas bastante bien hechas, pero el asuntito se las trae; acaba por poner los pelos de punta.

J. R.—Barcelona.—Lamento que sus «Lamentos» se aparten lamentablemente de la índole del semanario. Pulse la cuerda festiva.

F. L. A.—¿Versos de «Actualidad» metiéndose con Weyler, Aguilera, Millán Astray y Lacierva? Sí, joven diabólico, hay cosas que, por desgracia, son de actualidad permanente; pero déjese usted de actualidades gedeónicas y en lo sucesivo envíeme sus producciones en cuartillas sueltas escritas por una sola cara.

Hágo esté ruego último extensivo á todos aquellos que, como usted, gustan de escatimar papel para mortificación mía siempre y desesperación de los cajistas muy pocas veces.

*F. R. B.—*Nada tengo que decirle respecto á la composición que me envía y que ya ha sido publicada. Mande, si quiere, otras inéditas, ora festivas, ora epigramáticas, ora satíricas, ora picarescas; pero nunca *ora pro nobis*. ¿Comprende?

Otelo Tercero.—Como el barco naufragó en el cesto, al cesto van sus versos «Para el barco»—es lo lógico—, sin que le haya servido de nada el galafatearlos bien. Y no se preocupe por la suerte que cupiera á la cabeza de ministro en el naufragio, ésta no pudo sumergirse con el barco, porque hay cabezas que flotan como calabazas.

Bien quisiera publicarle íntegro el «Romance del herborador andaluz» en cuatro cantos (rodados); pero como para muestra basta un botón y no tengo más espacio disponible, ahí va una de sus mejores estrofas:

Tóo el que tenga almorranas
ó inflamaciones instentinales
Me comprometo á curarlo
con mis flores cordiales.

Dios le conserve el humor, insigne galafate, y para otra vez limpie también los fondos, no vaya á tener que aplicarse los remedios de su herborador.)

Quirlos Canto.—Su romance carece en absoluto de originalidad. La virtud de las triples ha sido puesta en solfa repetidas veces, con más gracia y en mejores versos.

A. M. C. y J. E. P.—Calaf.—Traslado al administrador su petición mancomunada. Los versos del señor M. no sirven, son demasiado cordiales; yo lo deploro, agradeciendo la intención.

Vocal.—Madrid.—Un amigo mío aconseja á todos los solteros que hagan el amor á Socorro, muchacha notoriamente rica, porque, es lo que él dice—: ¡quién no ha oído hablar de las Casas de Socorro!

Ahora usted le regala un «Faro en alta mar» y no va á ser nadie la chica teniendo cosas y casas.

Ya se ve que es usted una vocal inocente.

A. H.—Calasparra.—No están mal sus «Recuerdos», pero mejor quedarían, aliviando las quintillas de algunos ripios que las afean.

*I. V. A.—*Me gusta su estilo; tiene usted dotes de prosista. El cuento es demasiado sicalíptico y larguísimo. Con todo, acaso se pudiera publicar en la hoja encuadernable. Mande sus señas por si fuera preciso escribirle sobre el particular.

S. M. I.—Barcelona.—Lo suyo también se las trae en lo que se refiere á la sicalipsis, y sin embargo me gusta, porque sobre estar escrito con soltura, el asunto está tomado indudablemente *d'après nature*, *n'est-ce pas?* Mándelo algo suavizado y cuidadosamente corregido, acortándolo un poco, y tal vez lo cuele.

I. V. L.—«Discontinuo» es una composición discretita; pero incolora, inodora é insípida, sin novedad, ni saliente y cursi por añadidura. He dicho.

Martin.—Esos dibujos no son originales; los ha debido usted copiar al trasluz.

A. G.—Valverde de Leganés.—Si le dieron

... su hermosura
y su gracia gentil y su frescura
¡cuatrocientas cincuenta mil mujeres!

No es extraño que haya usted ido á parar cerca de un Manicomio; lo raro es que no le hayan metido dentro.

Acigar Lovacea.—Dice usted que escribe por sulla afición y debe ser cierto, porque ateneísta y todo se muestra como un nuevo aficionado. bastante reñido con la Ortografía.

Helios.—Va á las cajas inmediatamente. Acepto sus excusas y pelillos á la mar.

ROLANDO

Los grabados de este semanario, son de Durá y Compañía.

ALQUILERES

CINEMATÓGRAFOS

OPORTUNIDAD

Aparatos casi nuevos, á precios sumamente baratos. Alquiler de películas. Fuster y Alicart, León, 38, 2.º, Madrid.

SOLUCION BENEDICTO

de glicerofostato
de cal con
CREOSOTAL

Para curar la tuberculosis, bronquitis, catarrros crónicos, infecciones gripales, enfermedades consuntivas, inapetencia, debilidad general, neurastenia, impotencia, caries, raquitismo, escrofulismo, etc. Frasco, 2,50 ptas. Farmacia del Dr. Benedicto, San Bernardo, 41, Madrid, teléfono 634, y principales farmacias.

FLORES CORDIALES

SEMANARIO FESTIVO LITERARIO

CON TRABAJOS DE LOS MEJORES ESCRITORES Y DIBUJANTES ESPAÑOL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, SAN ANDRÉS, 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

Número suelto, 15 céntimos.

TARIFA DE ANUNCIOS

Cuarta plana..... 120 pesetas.
Media ídem..... 60 »
Cuarto de ídem..... 35 »
Octavo de ídem..... 20 »
Segunda plana..... 100, 50, 25 y 15 »
respectivamente.
Tercera plana..... 90, 45, 20 y 10 »
Anuncios breves.—Línea corriente, 50 céntimos.

COLABORACION

FLORES CORDIALES pagará todos los artículos, versos y caricaturas que inserte de colaboración espontánea fuera de la plana titulada «Los inéditos».

REGALO

Como regalo á los lectores, FLORES CORDIALES publicará, en forma encuadernable y traducidos del extranjero, cuentos de lo más escogido entre los literatos universales, cuentos que tendrán una extensión de 30 ó 40 páginas en 4.º menor.

FLORES CORDIALES, sin reparar en gastos, ha adquirido la propiedad exclusiva de dichos trabajos, que seguramente han de resultar del agrado de los lectores, tanto por la novedad y belleza de sus asuntos, cuanto por el esmeradísimo cuidado con que está hecha la versión castellana.